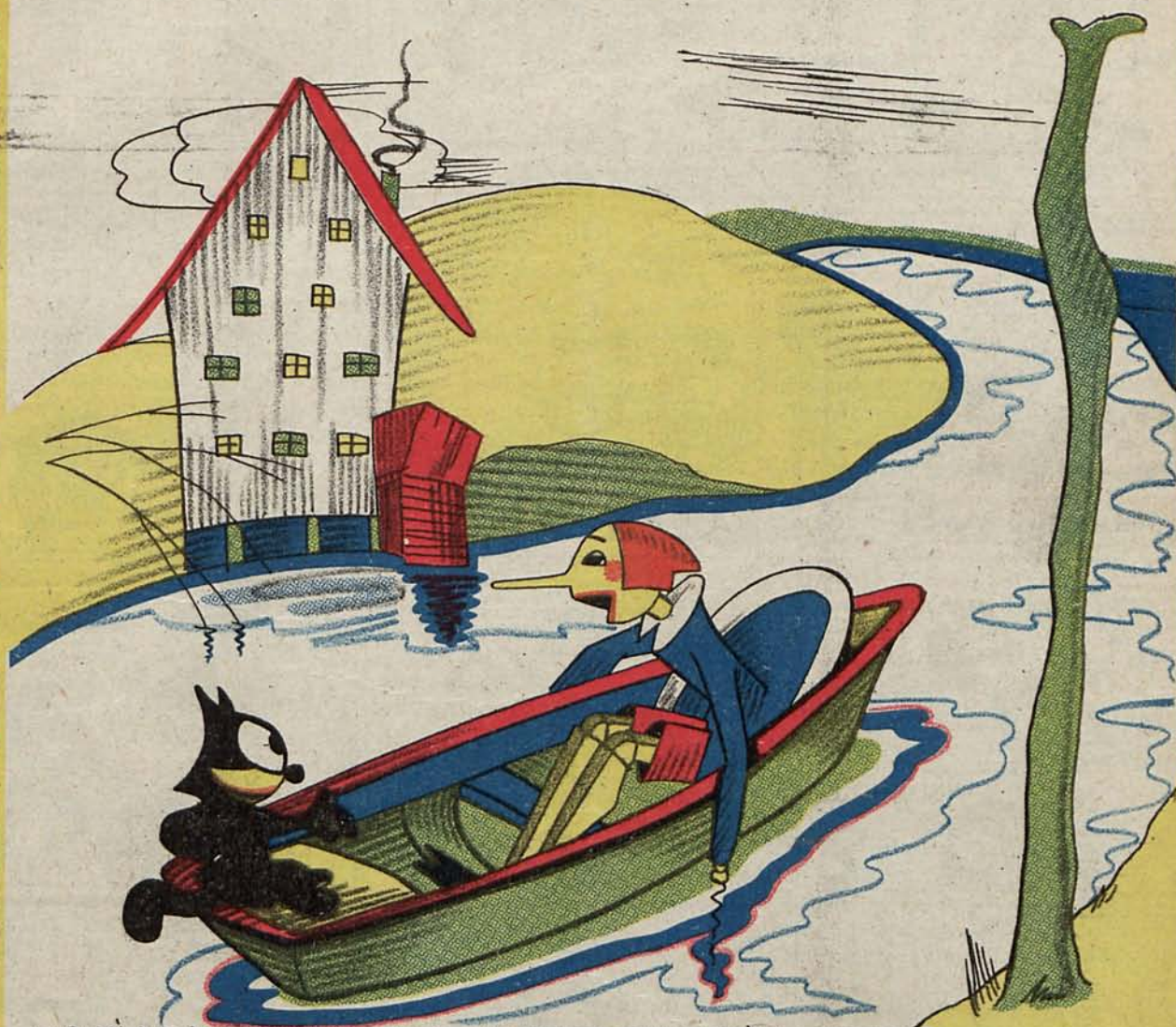


PiNOCHO

AÑO. V
NUM. 208

25 cts

10 FEBRERO
1929



- A MÍ ME ASOMBRA LO BIEN SITUADOS QUE ESTÁN LOS RÍOS.
- NO TE COMPRENDO
- PUES ES BIEN SENCILLO: SI FUERAN POR OTRO SITIO ESTROPEARÍAN
LAS CASAS, LOS ARBOLES, LOS SEMBRADOS.....

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

por el viento, dirigíanse velozmente, hacia el avión negro.

Este, había cambiado de dirección, transformando

la diagonal en una horizontal y manteniéndose al nivel de los globos adversarios.

Los oficiales aeronautas estaban llenos de estupor, y no daban crédito a sus propios ojos. El enorme monstruo negro, que cerníase en el aire, a quinientos metros de ellos, subía, bajaba, avanzaba, o retrocedía, sin preocuparse del viento, de la gravedad ni de las leyes del equilibrio. Únicamente, se limitaba a inclinar ligeramente, cada vez, las grandes alas negras, desplegadas a ambos lados. A veces, replegábalas por completo, como si se reunieran a popa, y entonces, el avión adquiría el aspecto de un enorme monstruo aéreo, de un feroz y funesto habitante del aire. ¿Qué natural y mágico misterio, escondía en sus flancos el misterioso avión negro?

Los oficiales cambiaron sus impresiones, conviniendo en la necesidad de acercarse al monstruo, para circunscribir sus movimientos y obligarle, en lo posible, a escuchar sus preguntas y darles una respuesta. Los tres globos, con una maniobra bastante bien hecha, pudieron, en efecto, colocarse de manera, que rodearon, relativamente, al avión negro.

Éste, casi facilitando la tarea de sus adversarios, habíase detenido, y cerníase majestuosamente en el aire, manteniendo desplegadas e inmóviles, sus dos gigantescas alas negras.

Los globos estaban ahora a tal distancia del avión negro, que los oficiales podían observar cómodamente; pero sus observaciones, obtenían un resultado muy escaso, pues no veían otra cosa que el globo, y la barquilla provista de las dos alas. En cuanto a los tripulantes de la extraña embarcación, no podían hacerse la menor idea, pues debían de estar encerrados en la cabina que se elevaba en el centro de la barquilla. Sin embargo, el comandante de la expedición, un oficial enérgico y valiente, decidió conminar al misterioso avión, para que se diera a conocer.

Aprovechando el viento favorable, acercóse aún más, luego se puso en la boca el portavoz, y gritó con voz estentórea a través del espacio.

—¡Vosotros, los del avión negro, quiénes sois, y qué bandera tremoláis?

—¡Ninguna!—respondió desde la barquilla negra una voz tonante.

—En nombre del Czar, responde! ¿Quiénes sois? ¿qué es lo que hacéis? ¿qué es lo que queréis?

—¡Aquí arriba, ya no se habla en nombre de nadie!—respondió la misma voz potente.

El oficial comprendió que ya no era posible dudar. El avión, era seguramente una máquina infernal de los rebeldes y de los terroristas. Después que hubo dado una rápida orden, los oficiales de los tres globos, tendieron los fusiles contra el avión negro. Una descarga con buena puntería, partió contra el grueso blanco. El avión negro osciló, bamboleándose un momento, pero luego recobró tranquilamente el equilibrio, como si no le hubiesen tocado los proyectiles. Los oficiales quedaron estupefactos, sin saber qué pensar de aquel prodigio. Y sin embargo, ellos eran expertos tiradores, y el blanco no podía ser mayor.

En aquel momento, la misma voz que ya había hablado dos veces, dejóse oír de nuevo, procedente del avión negro.

—¡Viles! —tronó la voz.

Los oficiales estaban resueltos a todo, y acercáronse aún más a su diabólico adversario, con el propósito de realizar un abordaje aéreo. Arrojarían el áncora de presa sobre la barquilla, y obligarían al avión negro a rendirse. El adversario estaba inmóvil en medio de sus tres enemigos. Estos, estrecharon rápidamente su círculo y cuando estuvieron a pocos metros de distancia de la negra nave de tan impenetrable aspecto, lanzaron el áncora.

Pero el áncora cayó en el vacío...

Animado por un impulso fulminante, el avión negro habíase elevado como una flecha, y aparecía ante los oficiales rusos, como un punto negro en el azul del cielo.

Los tres globos militares aún oscilaban, por la conmoción que había producido en el aire la fulminante agitación de la hélice del avión negro.

—Me parece—le dijo Volkoff a Dovydiv—que ya es hora de poner fin al juego. Las tres pompas de jabón han demostrado ya bastante su perversidad, con la primera descarga... Me parece inútil que sigan divirtiéndose con nuestra tela parabolas...

—Sí, creo que esta es una buena ocasión para hacer la experiencia de la aeronáutica aplicada a la balística...

—¡Perfectamente!

Volkoff, por medio de una rápida y sencilla maniobra, hizo colocar al avión en línea perpendicular sobre uno de los tres globos, los cuales arrojando lastre, subían a saltos.

—¡No desperdicies lastre!—gritó Volkoff con el portavoz—¡Ahora me acerco yo!

El avión negro descendió rápidamente, con las inmensas alas plegadas, como una enorme ave de rapiña. A doscientos metros de los otros aerostatos, se detuvo, extendió sus negras alas, y quedóse inmóvil.

—¡Ya estamos!—dijo Dovydiv.

Volkoff, agarró por la anilla una de las cuatro bombas; la introdujo, provista del mandril en uno de los agujeros destinados a recibirla, y dispuso el avión de manera que formase una sola línea con uno de los tres aerostatos militares, agrupados.

Cuando le pareció que todo estaba dispuesto con precisión matemática, soltó la anilla.

En aquel momento, una descarga de fusilería, partió de los aerostatos militares, pero antes de que los proyectiles fueran a romperse contra la coraza parabólica, que cubría la barquilla, la bomba tocó al aerostato adversario. Iluminóse el cielo con un relámpago colosal mientras que una detonación formidable repercutió con el ruido de mil truenos en la atmósfera.

¡De los globos militares y sus oficiales, no quedaban más que algunas cenizas, revoloteando por el aire!

XXII

¡ ENTERRADO VIVO !

La trágica muerte de Godunov, acaecida en condiciones tan extrañas, había trastornado a todo el personal de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Los médicos, llamados apresuradamente, no pudieron, a pesar de todos sus esfuerzos, hacer volver a la vida a Godunov. El cuerpo del malvado se enfriaba y poníase rígido entre sus manos. En una palabra solo pudieron declarar la muerte por estrangulamiento.

Alrededor del cuello del difunto veíanse claramente las lívidas y azuladas huellas de cinco dedos, del apretón fuerte, continuo y obstinado, que evidentemente había ocasionado la muerte por asfixia. Los oficiales, testigos de la terrible escena, y la misma prisionera, aseguraron, con la convicción de la verdad, que el capitán Godunov, no había sido ahogado visiblemente por nadie, y los testimonios, eran tales, tantos y tan autorizados, que no era posible el dudar de sus afirmaciones, tanto más, cuanto que habiendo sido interrogados aisladamente, todas las respuestas asemejábanse con matemática exactitud.

No les quedó a los médicos otro camino que declarar el estar ante un fenómeno inexplicable. Mientras que cambiaban entre sí sus opiniones sobre este argumento, fueron llamados por los carceleros, pues en una celda contigua a aquella en donde el capitán Godunov había muerto, había otro prisionero en grave estado. Los médicos, en tanto que el difunto era transportado a otra parte, dirigieron a la celda inmediata, encontrándose con gran estupor, delante de su hábil colega, el profesor Guthowsky, asistido por el Pope Jaskoff. El caso del

profesor Guthowsky, les pareció a los médicos mucho menos grave. Juzgáronle víctima de una lipotimia, es decir, de un desmayo, ordenando que fuese transportado inmediatamente a la enfermería para suministrarse los auxilios que necesitaba. Pero, mientras ejecutábase esto, vino aumentar la confusión, otro hecho extraordinario.

Una joven de extraordinaria belleza, Zanolbia Kaloazky, acompañada de un oficial del Czar, habíase presentado poco antes al comandante de la Fortaleza, enseñándole un rescripto imperial, ordenando a dicha autoridad, que la entregara los prisioneros que ella le pidiese, dejando al mismo tiempo en libertad a ella, y a la persona que la acompañara.

En tanto que los médicos sacaban del calabozo al profesor Guthowsky acompañándole a la enfermería, del calabozo inmediato, en donde había muerto Godunov, salía Zanolbia Kaloazky llevando del brazo y confortando amablemente a Véra Nicolajewna Sadoff. Ésta, pálida y muda, seguía a la audaz rutena, mirando por última vez, con terror inexplicable, el lugar en donde había sido salvada tan milagrosamente, cuando en esto vió el cortejo, que les cortaba el paso a ella y a su compañera. Las dos jóvenes se detuvieron. Véra echó una mirada y lanzó un grito.

A aquel grito el profesor Guthowsky, cual si le hubiera tocado una mano mágica, abrió los ojos, lanzando una mirada a su alrededor, y al ver a Véra, reflejóse en su rostro una íntima alegría.

—¡Salvada!—murmuró.

Véra adivinó más de lo que su imaginación podía comprender en aquel instante; tuvo, sin podersele explicar con exactitud, la intuición de que el profesor Guthowsky era su salvador, y arrodillóse al pie de la camilla sobre la cual iba echado el profesor.

Los portadores, sorprendidos por este inesperado movimiento, detuviéronse involuntariamente; Véra, cediendo al impulso de su gran emoción, había cogido la descarnada mano del profesor Guthowsky entre las suyas, y cubríala de besos y de lágrimas. El anciano sabio rechazó aquellas manos, estremeciéndose.

—¡Adelante!—rugieron los carceleros— ¿En qué piensas, marmota? ¿Quieres ser azotada?

Y echaron a andar, aieando brutalmente a Véra.

Ésta acercóse a Zanolbia, la cual había asistido a esta escena, muy conmovida, y la hizo una súplica.

Entonces, Zanolbia, se adelantó ordenando con voz imperiosa a los portadores de la camilla, que se parasen. Éstos obedecieron. Entonces, ella les mostró el rescripto imperial, y poniendo una mano sobre el hombro del profesor Guthowsky, les dijo:

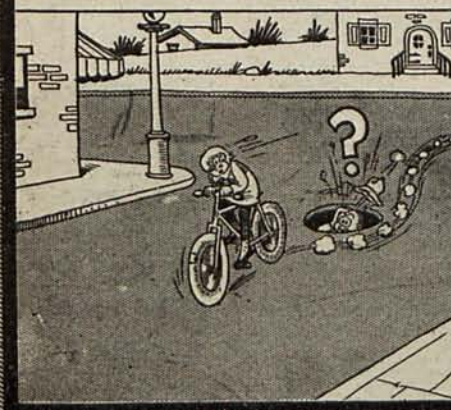
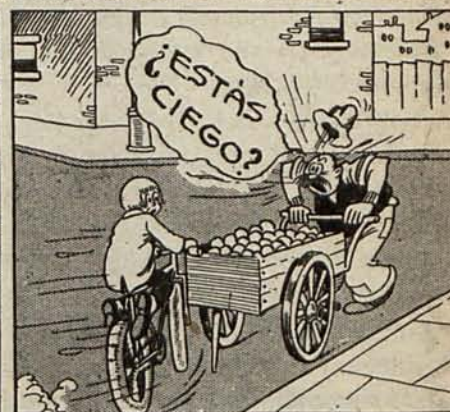
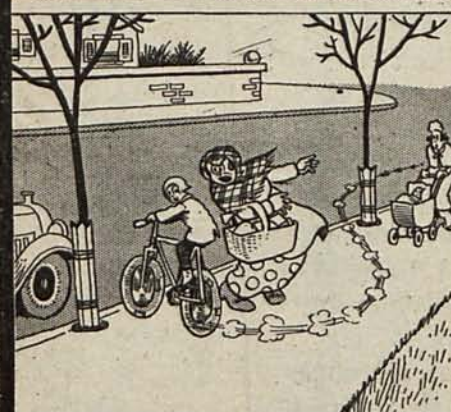
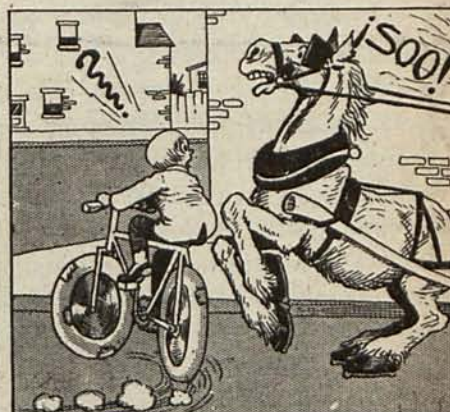
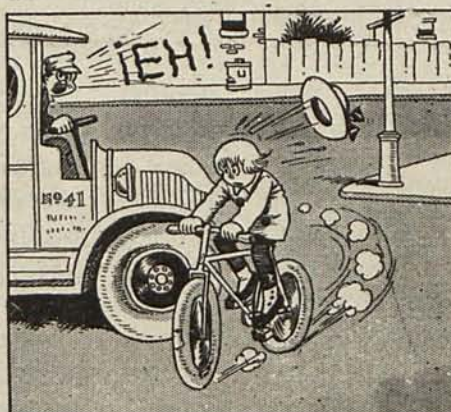
—Este prisionero y sus dos compañeros, me pertenecen.

Llamaron al Comandante, el cual no tuvo más remedio que obedecer la orden de Zanolbia. Llamó a la rutena a su despacho, haciéndola firmar un recibo, y después la entregó a los tres detenidos.

(Continuará en el número próximo)



COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER
REG. U.S. PAT. OFF.
© 1934 BRANNER

EL FARO DE DHORÍOL

POR
E. JACOBARI

GALLINDO

TODOS los navegantes que atraviesan el Océano saludan siempre con profunda emoción esas torres robustas, informes, anidadas unas veces sobre rocas inaccesibles o hundidas en arenas

de resistencia problemática, que avisan a todos del peligro de un escollo traidor o la entrada de algún puerto en el que pueden reposar con toda seguridad resguardados del furor de las ondas.

Esas torres, escalonadas a lo largo de las costas de los continentes, son los faros. Durante la noche una lámpara con reflectores de espejos y que gira sin interrupción, avisa al navegante combatido por la tempestad, la embocadura de un río, de un puerto o una bahía.

Durante el día es como una gran antena visible a considerable distancia o simplemente una torre que por estar situada en lugar alto se ve bien desde grandes distancias.

Sobre esas torres viven algunos hombres encargados de encender por la noche la gran linterna o de señalar a los buques los peligros a que pueden exponerse.

Ellos son los avisadores de la perfidia de las olas, los exploradores de las nieblas, los videntes de la tempestad, los centinelas avanzados del océano.

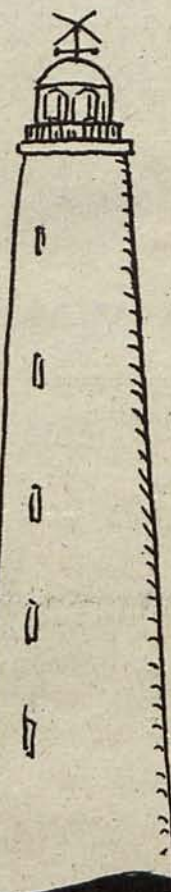
Encerrados durante semanas y semanas y tal vez quizá durante meses en esas torres pendientes sobre el abismo de los mares; aislados en la punta de alguna remota escollera: prisioneros en esos solitarios

refugios eternamente asediados por las mareas, los torreros de los faros soportan la existencia más ruda que pueda imaginarse. Lejos de toda sociedad, suspendidos de continuo entre los vórtices de las nubes y los de las olas, sujetos a una disciplina de hierro, y sin más voz ni más canción que el silbido de las ráfagas y el plañido o rabia de las olas, no hay en verdad quien les envidie.

Sus vidas, sus costumbres y sus funciones son ignoradas por casi todo el mundo; se conocen las árduas

faenas de los marineros, las vicisitudes y heroismos de los grumetes, de los pilotos, de los mozos, las empresas en general de todos los trabajadores del mar: pero los torreros de faros están al margen de toda esa familia marinera y sin embargo son por excelencia los anacoretas del mar, y sus abnegaciones, sus sacrificios y aventuras son únicamente conocidas por unos pocos.

Los faros, además, están envueltos en un ambiente de misterio y desolación y tienen a veces el aspecto de ruinas olvidadas en los confines del océano: los últimos vestigios de castillos deshabitados, de refugios erigidos por los corsarios para sepultar allí sus presas y botines: trozos de de torres solo habitadas por fantasmas.



GALLINDO



Muchos de ellos tienen sus leyendas y sus fastos e historias que les dan no se qué aire de solemne y severo.

El faro de Génova por ejemplo, tiene su leyenda. Cuentan las viejas crónicas que en 1318 los gibelinos en sus luchas con los güelfos excavaron parte del escollo sobre el cual se alza el famoso faro, penetraron bajo él y poniendo la torre bajo puntales amenazaron derrumbarla si los asediados reclusos en la ciudad no se rendían.

Otra leyenda tiene también la Gourdonam, la famosa torre que se yergue en la desembocadura del Garona en Francia, cuya luz alcanza durante la noche una distancia de treinta millas marinas. Se alza sobre una escollera y sirve de guardián para las naves que llegan del Atlántico y buscan refugio en el canal de Languedoc para huir de las terribles tempestades del golfo de Vizcaya.

Cuenta la leyenda que el arquitecto, para terminar su obra, tuvo que hacer un pacto con el diablo. Este habitaba en aquellos parajes y mantenía siempre agitadas las aguas. Luis de Foix, el arquitecto, prometió a Belcebú que si se dignaba no molestarle en sus trabajos le daría en compensación un alma, la del primer ser que entrase en el faro.

El diablo consintió en ello y dícese que mientras se realizaron los trabajos hasta su terminación el mar estuvo en calma.

El arquitecto entonces, según la leyenda, halló el medio de engañar a Belcebú, echando, antes de entrar en el edificio terminado, un enorme sapo con cuya alma tuvo que contentarse. Los guardianes del faro aseguran con toda seriedad que por eso durante algunas noches tempestuosas se ve un cuerpo monstruoso y fosforescente mayor que un tonel, dar saltos entre las olas y desvanecerse en seguida entre las tinieblas, apenas se hace la señal de la cruz!...

GALEDO

El famoso faro de Eddystone construido sobre un escollo a la entrada del puerto de Plymouth en Inglaterra no está rodeado por esas pavorosas leyendas acumuladas por los años, pero su historia, que es la de la energía y voluntad humana en lucha contra todos los obstáculos, no es menos interesante.

En torno y sobre aquellos escollos el mar se precipita furiosamente durante las grandes tempestades y muchos grandes y sólidos buques han sido allí destrozados como cáscaras de nuez. Desde muy antiguo se reconocía por todos la necesidad de construir un faro sobre aquel escollo, pero considerando las inmensas dificultades de la empresa, los más animosos no se habían nunca resuelto a realizarla.

El escollo dista de tierra unas diez millas y era preciso llevar hasta allí con barcos y sobre un mar continuamente agitado, los materiales necesarios.

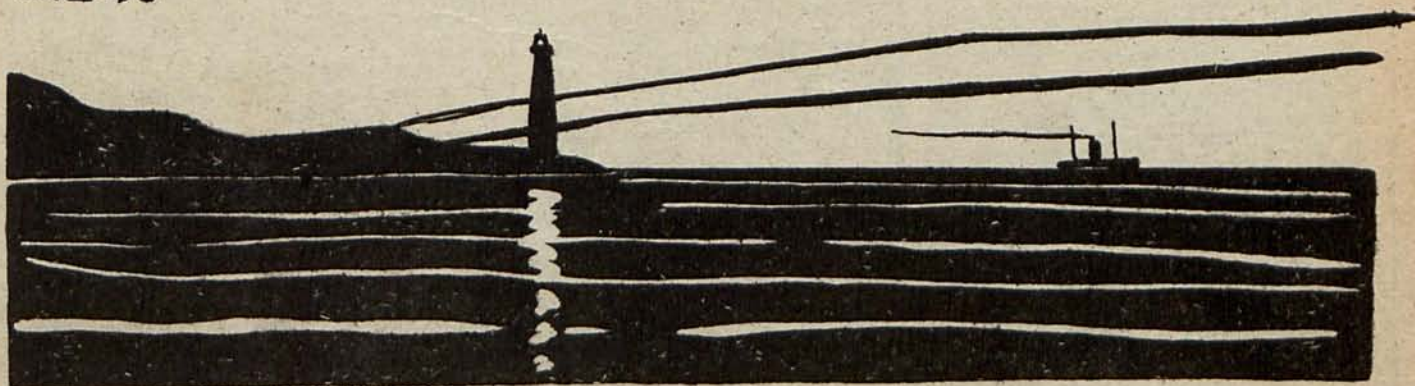
Naturalmente, allí solo se podía trabajar durante los escasos días que había de bonanza y era de temer que las aguas durante la noche deshiciesen todo lo construido durante el día.

Uno de los más ricos ciudadanos de Plymouth, un tal Winstaley fué el primero que a pesar de todos los obstáculos, se dedicó a la construcción del faro.

Se había comprometido a pagar todos los gastos con tal de que se hiciese con arreglo a sus planes. La base fué plantada mediante masas ciclópeas y sobre ella se erigieron altas columnas que sustentaban la linterna y las habitaciones del torrero. Se pensó en colocar tales columnas para dar desahogo entre ellas a las olas y por consecuencia aminorar su ímpetu.

El éxito no obstante no respondió a las esperanzas que en ello se pusieron; una de aquellas noches de tempestad furiosa tan frecuentes en las costas inglesas el faro fué arrastrado por las olas juntamente con su infortunado constructor que tuvo la infeliz idea de pernoctar en él.

(Continuad)



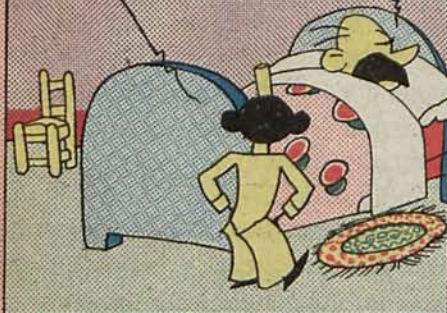


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PERO SE VA USTED, A LEVANTAR O QUÉ?

YA TE HE DICHO QUE ESTOY MALITO EN LA CAMA Y QUE NO ME LEVANTO. ANDA Y AVISA AL DOCTOR.



DE PARTE DE DON TURULATITO QUE VAYA USTED EN SEGUIDA QUE SI NO SE VA A MORIR.

DILE QUE VOY A ESCAPE, PERO QUE NO SE MUEVA HASTA QUE YO VAYA.



HA DICHO QUE EN SEGUIDA VIENE PERO QUE HAGA USTED EL FAVOR DE NO MORIRSE HASTA QUE EL VENGA.

BUENO; ESPERARÉ.



VA USTED A TOMARSE UN PAR DE HUEVOS CON JAMÓN, LUEGO UNOS RIÑONES SALTEADOS, MEDIO POLLO, UN PAR DE TRUCHAS, FRUTAS, CAFÉ, COPA, PURO Y UNOS DISCOS QUE LE RECETARÉ AHORA.

LOS DISCOS ME LOS COMERÉ CON PAN ¿VERDAD?



¡QUE LASTIMA DE DISCOS! TAN BONITOS QUE SON Y ESE DON TURULATO VA A ACABAR CON ELLOS EN UN PAR DE BOCADOS.



AQUÍ ESTÁN LOS DISCOS DON TURU. SON LOS MÁS BONITOS QUE HE OÍDO. ¡QUÉ PENA DA QUE SE LOS TENGA USTED QUE COMER!

YO TAMBIÉN LO SIENTO, CURRINCHE, PERO LA SALUD ES ANTES QUE TODO.



¿NOTA USTED, ALGUNA MEJORÍA?

POR AHORA, SOLO NOTO QUE LOS DISCOS ME EMPIEZAN A DAR VUELTAS EN EL ESTÓMAGO.



SOY LA GARCÍA
CON EL PELO CORTAO
SOY UNA NIÑA BIEN

¡ELE ELE!
YA EMPIEZA A SOLTAR LOS DISCOS



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



OWEN



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LOS POLVOS DE D. PERLIMPLIN

Cashillo



UNA vez había en mi pueblo un viejo que vivía en una choza solitaria, situada en las afueras de la población. No sé como se llamaba; pero todos le conocían por Don Perlimplín, y era tenido por hombre rico, pero tan roñoso, que, por no dar, no daba ni los buenos días.

Vivía solo, sin tratarse con nadie, y por la noche, al decir de los curiosos, salían de su habitación unas llamaradas queapestaban a azufre desde cien leguas. No faltó quien afirmase que le había visto salir por el cañón de la chimenea montado en una escoba y echando llamas por ojos y narices, y rebuznando con una perfección extraordinaria.

El caso era que la vida de Don Perlimplín era un misterio, pues nunca compró comestibles ni se sabía de qué se alimentaba el buen señor.

Cierta noche, uno de los valentones del pueblo apostó que iría solo a casa de Don Perlimplín y pondría en claro el misterio de aquel personaje; y, en efecto, a las doce en punto estaba a la puerta de la choza.

Miró por la cerradura, y vio a Don Perlimplín con una caja en la mano, sacando de ella algo así como polvo, que tiraba al aire, y en el acto aparecía un gigantón enorme, negro como la pez, y con el cual conversaba.

Picóle la curiosidad al que miraba por la cerradura, y empujó suavemente la puerta, de modo que por el resquicio pudiera oír.

Don Perlimplín decía:

—Yo soy tu amo por la virtud de estos polvos.

—Manda lo que quieras — respondió el negrozo.

—Pues tráeme ahora mismo un plato de codornices estofadas.

Desapareció el negro y a los pocos instantes volvió a aparecer con una mesa espléndidamente servida, y en la cual, como primer plato, figuraba el de codornices estofadas.

—Dispensa si he tardado — exclamó el gigante —; pero he tenido que ir a Africa a cazar las codornices, porque en España es tiempo de veda.

Marchóse el negro por donde había venido, y Don Perlimplín se puso a comer golosamente aquella opípara cena.

A todo esto, al valentón del pueblo, que se llamaba Teclo, y por mote *Tragaldabas*, se le hacía la boca agua, viendo los

suculentos manjares desaparecer en la boca de Don Perlimplín.

Acabó éste de cenar, y, dejando la caja de los misteriosos polvos en un armario, sacó de él un bote que debía contener una pomada, y con ella se untó la nariz, y en el acto, ¡oh prodigio!, empezó a dar cabriolas en el aire como si le hubieran nacido alas en los pies. Cogió una escoba, se montó en ella y salió por la chimenea.

Tragaldabas, penetró en la choza, y, acercándose al armario en donde viera colocar la caja de los polvos, le abrió, encontrando en él una porción de botes exactamente iguales. ¿Cuál de ellos era el de los polvos? Esta era la cuestión; pero Teclo, ni corto ni perezoso, echó mano del primero que le pareció, y, abriéndole, sacó unos polvos amarillos y tiró algunos al aire, como había visto hacer al viejo.

En aquel momento apareció un garrote en el aire, y comenzó a darle tantos y tan fuertes garrotazos, que le puso el cuerpo hecho un puro cardenal.

Tragaldabas era valiente; pero aquella lluvia de estacazos era para meter en cintura al más pintado, y así tomó la prudente determinación de meterse debajo de una mesa, y, apenas lo hizo, desapareció el garrote como humo.

Tragaldabas, entonces, cogió la caja de los polvos, la tapó cuidadosamente y la guardó en el bolsillo, no hiciera el diantre que volviera a salir el garrote por los aires.

Cogió otro frasco y encontró en él un líquido, verdoso y mal oliente; tapólo en seguida, porque, si tal era el olor, cómo

serían los hechos, y entonces, con resolución decidida, echó mano de otro, lo destapó y, sacando entre el pulgar y el índice unos polvos negros, se acercó a la mesa, por si acaso, y los tiró al aire. El efecto fué mágico. El negro de antes apareció, y, con voz humilde, le dijo:

—¿Qué me mandas, señor? Yo soy tu esclavo.

—Una tortilla de jamón; calamares en su tinta; un pollo asado, y de postre la peluca del tío Perlimplín.

—Serás servido — dijo el negro.

Y desapareció.

A los pocos minutos volvía el negro con los manjares humeantes y apetitosos, y sobre una botella aparecía colgada, como los sombreros en las tiendas de modas, la enorme pelu-





ca de Don Perlimplín.

Después de cenar opiparamente, pensó *Tragaldabas* adornarse con la peluca; se la colocó, y, con gran sorpresa suya, se encontró de pronto que le subían por la cabeza y se quedaba pegado al techo. Por fortuna había cogido la caja de los polvos maravillosos, y, tomándolos unos pocos, los echó al aire.

Apareció el negro preguntando, como siempre, qué deseaba su amo.

—Primero, que me bajas al suelo.

—Para eso no tienes más que darle una vuelta a la peluca.

Hízolo así *Tragaldabas*, y al momento se encontró en el suelo.

—Ahora —añadió— quiero que lleves a mi casa todo el dinero que quepa debajo de mi cama, y allí lo dejas.

—Está bien; ¿mandas algo más?

—Nada; ya te avisaré.

Apenas hubo desaparecido el negro, oyó ruido *Tragaldabas* en la chimenea, y, no dudando que fuera Don Perlimplín que volvía de su excursión, se escondió detrás de un armario y esperó.

Era Don Perlimplín, en efecto, que, siempre a caballo sobre la escoba, volvía a su habitación estornudando como un descosido.

—¿Qué habrá sido de mi peluca? —dijo, hablando en voz alta consigo mismo—. Se la llevó el viento y he pescado un catarro de primera.

Por un descuido explicable había quedado entreabierta la puerta de la choza, y Don Perlimplín, al notarlo, lleno de ira exclamó:

—Aquí ha entrado alguien; pero yo le buscaré, y, si le encuentro, ¡pobre de él! No le van a quedar ganas de contarlo.

Nueva sorpresa le aguardaba al ver sobre la mesa los restos de la comida de *Tragaldabas*; y así, en el colmo del furor, comenzó a registrar la habitación hasta que dió con el intruso.

—¡Ah, bribón! Ahora verás lo que es bueno —gritó.

Y sacando una espada, quiso pincharle; pero *Tragaldabas*

se volvió la peluca, y de un salto quedó pegado en el techo.

—¿Con que sabes todo eso? —dijo Don Perlimplín—; pues ahora verás cómo ni ahí te libras de mis golpes.

Y, abalanzándose al armario, buscó los polvos del garrote; pero *Tragaldabas*, que los tenía en el bolsillo, se dejó caer al suelo, y, metiéndose debajo de la mesa, lanzó al aire la mitad de la caja con sabida.

Entonces no fué uno,

sino cien garrotos los que a un tiempo aparecieron y descargaron sobre las espaldas y el cogote de Don Perlimplín.

Gritaba éste como un desesperado; rogó, suplicó, y por fin fueron tales sus alaridos, que se compadeció *Tragaldabas* y le dejó meterse bajo la mesa, aporreado y rendido. Viéndole en tal estado, sacó del bolsillo los polvos negros y aplicándoselos a la nariz hizo que los sorbiera y,

¡pataplún! estalló Don Perlimplín, saltó la casa, sin que quedase de ella el menor rastro; la caja de los polvos quedó convertida en ceniza, y *Tragaldabas* con la boca abierta, sin darse cuenta de lo que ocurría. Sólo quedaba la peluca de Don Perlimplín y el mozo, dándole lavuelta, se remontó en los aires y cayó dentro del pueblo. Entró en su habitación,

miró debajo de la cama, y, en vez del dinero que esperaba, halló un mico que le hacía burla poniéndose las manos en las narices. La verdad es que aquello no merecía la pena de haber sufrido tantos garrotazos.

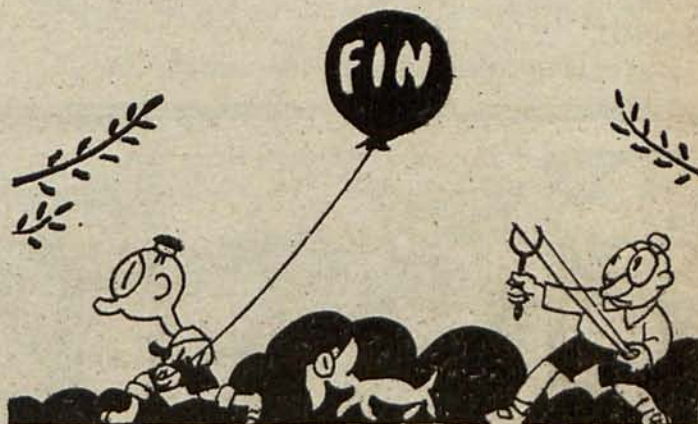
La moraleja es de Cervantes:

No te metas en dibu-

Ni en saber vidas aje-

Que en lo que no va ni vie-

Pasar de largo es cordu-





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón. ¿Qué quieres saber hoy?

—Quisiera hacerte una preguntita algo rara, mi querido buho.

—Estoy a tu disposición. Y cuanto más rara sea la pregunta más interesante será la contestación.

—¿Quieres decirme dónde diablo se meten las moscas durante el invierno?

—¡Ja, ja! ¿Pero es que echas de menos a tan inoportunos huéspedes?

—Nada de eso. Maldita la falta que hacen. Pero quiero saber dónde pasan el invierno para ver si consigo que pasen también el verano en el mismo sitio. Sería delicioso vivir sin moscas.

—Tienes razón. No sirven más que para molestar y para causar daño. Una mosca puede ser, a veces, un terrible enemigo, si es el vehículo de gérmenes malignos. Muchas enfermedades se propagan por las moscas.

—¿Ves por lo que yo quiero saber dónde pasan el invierno? En primer lugar, para no aparecer por donde ellas estén, y en segundo, para ver si las convengo de que deben quedarse allí para siempre.

—Pues el invierno lo pasan donde tú menos puedes imaginarte. Y digo esto porque se me figura que tú has pensado en algún sitio donde crees que todas están reunidas esperando el momento oportuno para invadir de nuevo las casas y las calles.

—Eso, eso mismo me imagino yo. Algo así como si tuvieran un gran club o casino donde al calor de estufas y braseros se les hace el invierno agradable y luego, al llegar la primavera, se desparraman por el mundo.

—Nada de eso ocurre. Las moscas viven solamente su vida activa en los meses de primavera y verano. Al llegar el otoño se aletargan. Caen en un estado como de sueño y así pasan el invierno. En cuanto sienten la molestia del frío buscan los rincones de las habitaciones, los aleros de los tejados, los graneros, las cuerdas, los establos, y pegadas a la pared, a las vigas, a los cristales, a los ladrillos, se quedan inmóviles e inertes, esperando que pase el frío. Algunas veces, cuando durante el invierno aparece algún día de calor, no faltan moscas que reviven y aletean torpemente, pero en cuanto vuelve el frío se reintegran a su estado de reposo.

—¿Y no comen nada durante tanto tiempo?

—Absolutamente nada. No necesitan alimentarse. Esto mismo ocurre a otros muchos seres del reino animal.

—Recuerdo que al oso le sucede lo mismo.

—Al oso y a la ardilla, y a la tortuga, y a otros.

—¿Entonces las moscas no mueren nunca?

—Naturalmente que sí; en la naturaleza todo muere, querido Chononcito. Las moscas que no mueren definitivamente por la acción del frío, sucumben víctimas de un hongo que hay flotante en el ambiente y que arraiga en sus cuerpos y las aniquila.

—¿Y el papel cazamoscas no las mata también?

—El papel precisamente, no. Lo que sucede es que se quedan pegadas a él y como no pueden volar en busca de alimentos se mueren de hambre. De todas formas la vida de las moscas es muy difícil de extinguir. Se dan casos de ahogar en agua este insecto y a los pocos días, por efecto del calor, volver a la vida. Esto demuestra que al ahogarse no mueren, sino que se aletargan.

—¿Y cómo nacen las moscas?

—De unos diminutos huevecillos que ponen las hembras a millones. Los huevecillos se transforman en ninfas o crisálidas, como el gusano de seda, y en la crisálida se forma el cuerpecillo de la mosca. Este cuerpecillo permanece también aletargado durante el invierno y con los primeros calores hace lo mismo que el pollo; rompe el frágil cascarón del huevo y sale a la luz.

—¿Vuela en seguida?

—No tarda en volar más de lo que le cuesta secar sus alas. Los huevecillos los depositan las hembras en los surcos de la tierra que están más al abrigo de los fríos. Las crisálidas perforan esta tierra en forma de pequeños túneles, lo mismo que los gusanos, para refugiarse mejor.

—¿Nacerán muy pequeñas, verdad?

—Cada mosca nace del tamaño que ha de tener durante toda su vida. No crece más de como sale del huevecillo. Así nace, así vive y así muere.

—Pues yo he visto mosquitas muy pequeñas, y otras casi como moscardones.

—Porque son moscas de especies distintas; pero todas han alcanzado ya su máximo y único desarrollo. Dentro del cascarón del huevo adquieren el tamaño que les corresponde por su especie y de él no pasan.

—Todo esto es muy curioso, amigo buho; pero yo he de confesarte que es un bicho que me es antipático en extremo. Si yo pudiera las exterminaría a todas. No dejaría ni una.

—Y harías muy requetebien. Las moscas están de más en el mundo. Yo les tengo declarada la guerra sin cuartel; mosca que veo aletazo que le doy.

—¿Y las matas?

—Para siempre.

—Se me está ocurriendo un procedimiento mucho más eficaz.

—Tú dirás.

—Mandarlas todas a casa de Tin y Ton.

—Tienes razón. A mamporrazos acabarían con ellas en un santiamén.

—A mamporrazos y con dinamita. A ese par de fieras no hay bicho que se les resista. Pero, ¿cómo mandarles las moscas a su casa?

—Muy fácilmente. Les regalamos a Tin y Ton un barril de miel y allá se irán detrás todas las moscas.

—¡Qué grande eres, querido buho!

—Gracias, Chonón.



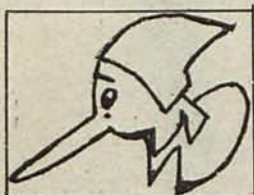
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un trasatlántico.
GONZALO PÉREZ-12 años



Mi íntimo amigo.
F. MOLINA-10 años.



MALAS PULGAS

es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.—PRECIO 1 peseta.



Margarita paseando.
LUIS VIDAL RIVAS.



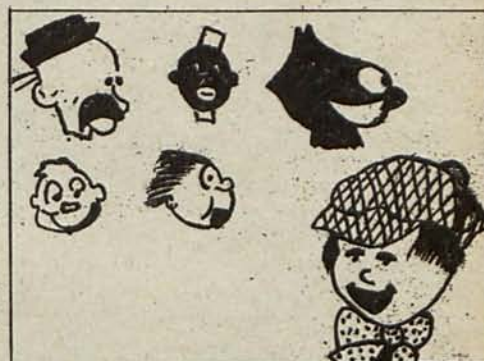
Polín.
M. HIDALGO.



Pueblecito.
LOLITA ARENAS.



El guardia Pinochín.
L. Fernández-13 años.



Mis mejores amigos.
GONZALO PAEZ.



Mi aviador.
P. SALAMANCA-10 años.



Retrato.
ANDRESITO RUIZ.



Retrato.
L. A.-13 años.



Sábado.
M.ª LUISA ABADAL.



Morronguis.
E. RIQUELRE.



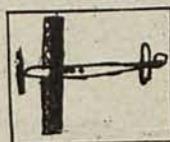
Pinocho y su escolta.
ROMAN JUGO.



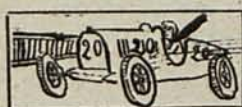
Un barrendero.
Luis Sanz-7 años.



Retrato.
Tomás del Pozo.



Mi primo aviador.
ALBERTO L. ARBONES.



Chirón a 144 por hora.
E. LAGARDE-10 años.



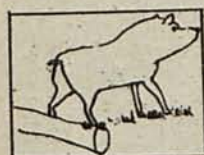
El auto de Pinocho.
J. FERNANDEZ-13 años.



El cura de la aldea.
ROSARIO LOSADA.



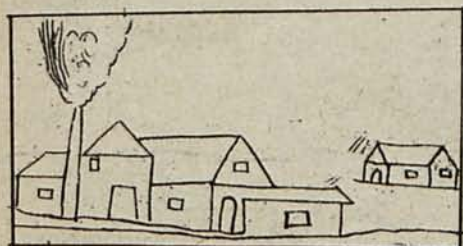
Un tigre.
TRINI GROSS-11 años.



Un jabalí.—F. M.



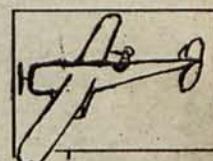
Un muñeco.
ANGEL MORETA.



Una fábrica.
JOSE BRINQUIS.



Pollito.
CRUZ PASTRANA-8 años.

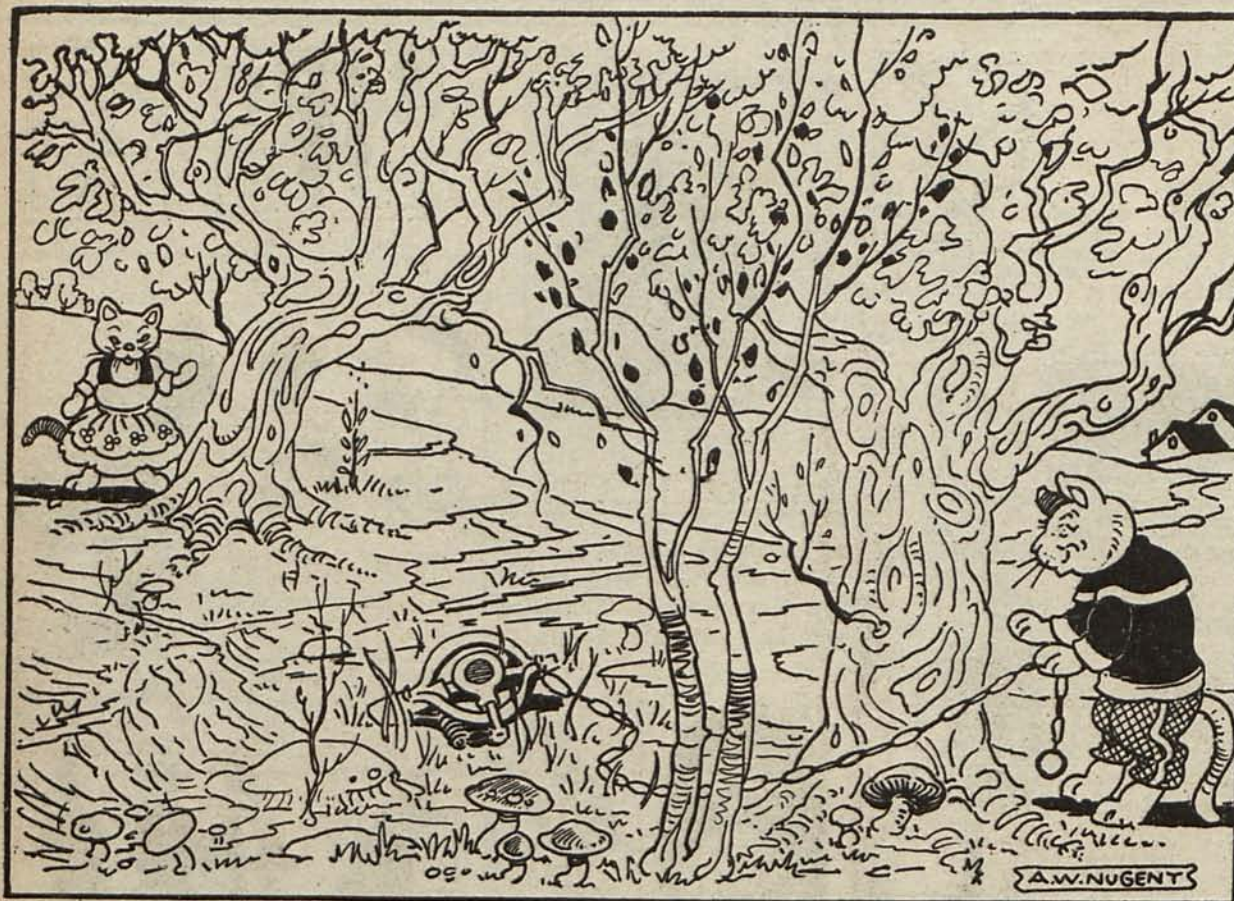


El aeroplano de Pinocho.
ALBERTO RAMIREZ-6 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

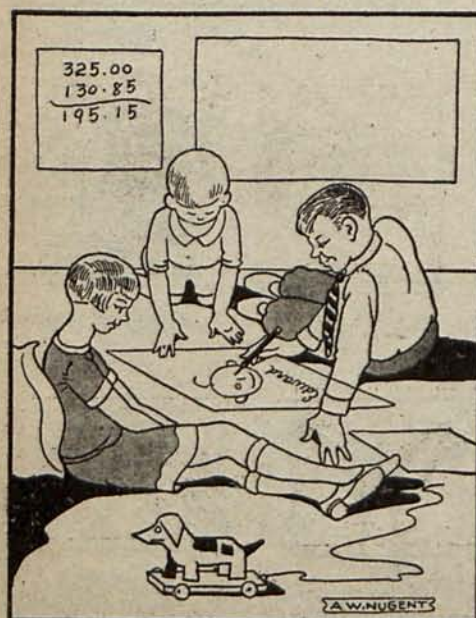
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS RATAS



Aquí tenéis a Micifuz con un cepo preparado para cazar tres ratas que hace días le están dando la lata. Pero éstas están escondidas y no salen ni en broma. ¿Dónde están?

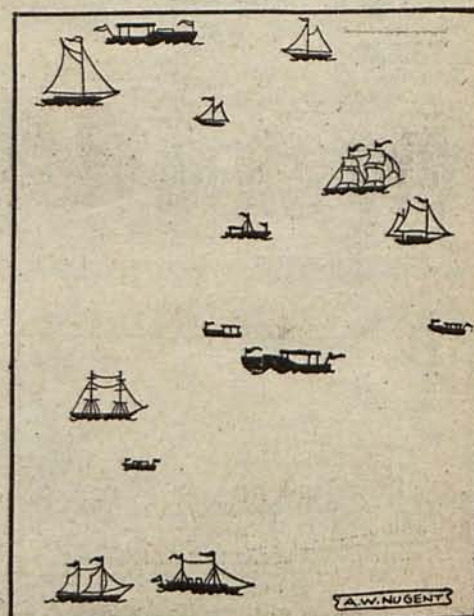
DIBUJO CON ERRORES



Aquí tenéis a última hazaña de nuestro dibujante loco. A buscar errores por lo tanto sin ninguna duda.

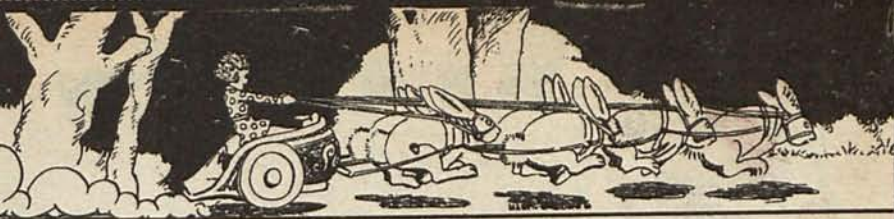
Trazar tres líneas con precisión y delicadeza, de forma que dividan al dibujo en siete partes y que en cada una haya dos barcos.

LOS BARCOS



ANITA

BUEN-CORAZON



¡HAY RATAS EN LA COCINA
Y HE COMPRADO VENENO
PARA EXTERMINARLAS!



¡PONDRÉ UN POCO EN
UNO DE ESTOS BIZCO-
CHOS, QUE HICE
AYER!



¡PUES SEÑOR, SE CONOCE
QUE LAS NIÑAS HAN ENCON-
TRADO ESTOS BIZCOCHOS
Y NO HAN DEJADO MAS
QUE DOS!



¡PARA QUE NO VUELVAN
A HACERLO VOY A PONER
UN POCO DE PIMIENTA
EN ELLOS!



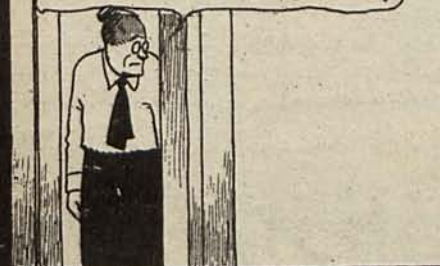
¡Y QUIEN LOS COMA VA
A TENER QUE ESTAR BE-
BIENDO AGUA DOS DIAS
SEGUIDOS!



¡MENOS MAL QUE NO
SABE LA DIRECTORA
QUE HE HECHO ESTOS
BIZCOCHOS PORQUE
LO TIENE PROHIBIDO!



¡LAS NIÑAS HAN ESTADO
TODO EL DIA MERODEANDO
EN LA DESPENSA, DEBE
HABER ALGUN MOTIVO!



¡BIZCOCHOS! ¡YAME LO
FIGURABA, YO! ¿QUIEN
LOS HABRÁ HECHO?



¡TIENEN BUENA CARA!
¡YO TAMBIEN TENGO
DERECHO A COMER
ALGUNO!



POOF!!!



¡AUXILIO! ¿QUE ES-
TOY ENUENENADA!



Sección Pirula



PIRULA PEINADORA.—¡Ay! que me haces daño. ¡Ay! que me los arrancas. ¡Ay! que me tiras.

¿Quién se queja? Una Pirulinda a quien su mamá, la está peinando, mejor dicho, le está desenredando el pelo enmarañado durante la noche.

Pero no es una Pirulinda de hoy, sino de hace muchos años. Hoy, ya casi no existe ese género de suplicio. La inmensa mayoría de mis lectoras llevan melena. Ya no hay que desenredar por las mañanas el pelo que, más o menos corto, no se enreda ya por las noches. Ya no hay necesidad de ponerse «monetes» o «bigudis» al acostarse, para tener bucles; aquellos bucles que caían sobre los hombros y daban tanto calor. O de hacer trenzas para formar «rodetes», aquellos rodetes que tapaban las orejas y la hacían a una estar medio sorda.



Hoy da gusto, ¿verdad? Se pasa el peine y lista.

Claro que os gusta ir bien peinadas; y tenéis razón. Sin que por eso vaya una a ser una presumida insoportable, está bien que una niña vaya lo más mona posible; pero precisamente el estar mona, sobre todo en una niña, consiste en ir muy sencilla y en que no se note el arreglo.

Es decir, que un peinado infantil, para ser gracioso, no tiene sino reunir tres cualidades, que son las siguientes:

La primera de todas es que siente bien a la cara. La segunda es que esté de acuerdo con lo que se lleva actualmente. La tercera es que sea muy fácil y rápido de hacer.

Vamos a ver la manera de que vuestro peinado reúna estas tres cualidades.

Cuando además de ser mona y de ser un poco presumidilla—ya sabemos que muy poquito—se es inteligente, como a todas os sucede, se comprende que lo que a unas favorece, puede muy bien afeitar a otras. No le va a sentar igual un



mismo peinado a una rubia de nariz respingoncilla, que a una morena de perfil aguileño, o a una «chatunga» trigüeña.

Por regla general, a las rubias les va bien el pelo rizado y a las morenas el pelo liso. El pelo fosco conviene a las caras redondas y algo anchas, porque las afina, mientras que las de cara fina y ovalada pueden permitirse el peinado aplastado.

Los peinados simétricos, o sea con los dos lados exactamente iguales, sin raya, o con raya en medio, sientan bien a los perfiles correctos; pero la que tiene el perfil irregular—nariz gruesa, larga o respingona—hará bien en elegir un peinado asimétrico, o sea con los dos lados diferentes, por ejemplo, con raya a un lado.

El flequillo abombado «a lo muñeca japonesa» endurece la expresión del rostro, por lo cual solamente va bien a los rostros muy dulces, de ojos claros y de mirada angelical.

Pero como todo esto no pasa de ser muy vago, y como la oportunidad



que vosotras vais a llevar? Pues bien, hoy se lleva mucho la raya a un lado, sobre todo al lado derecho.

Sobre la frente, con preferencia al flequillo que se lleva muy poco, se hace una onda ancha o un grueso bucle.

También se lleva—cuando se puede—todo el pelo alborotado y con ricitos muy menudos.

Una moda muy nueva es la de los tirabuzones detrás de las orejas. Estos tirabuzones se parecen a los que estuvieron de moda hace mucho tiempo; casi me atrevería a jurar que no las podéis recordar, pues hace de esto nada menos que todo un siglo.

Con estos tirabuzones modernos, la raya se coloca, ni en medio, ni del todo a un lado; más bien de tres cuartos.

En fin, para que el peinado sea fácil y rápido de hacer y para que resulte sencillo, lo cual equivale a decir de buen gusto, debe someterse también su elección a la calidad del pelo propio.

¿Que vuestro pelo es fino y fosco? Pues os podéis hacer un peinado de los llamados *flou*. ¿Que riza naturalmente? Vengan rizos y ondulaciones. Pero en el caso contrario, resignaos a llevar el pelo liso ¡Nada de tenacillas, por Dios! Estropean el pelo, son antipáticas siempre, y en las niñas, son odiosas. Además no vale hacerse ilusiones: el rizado artificial se nota y cuando se es una personita no muy mayor, su efecto es hasta ridículo.

Con o sin mis consejos, habéis de resultar siempre monisimas y tenéis por qué compadecer a la pobre Peloncita que no podía hacerse peinado alguno, ni feo ni bonito, pues-to que...



Pero ¿no conocéis la historia de Peloncita? No puedo consentirlo y os la voy a contar ahora mismo.

Es decir, ahora no, porque no me queda sitio; os la contaré el domingo próximo.



GALUNDO